

CAMINANDO POR EL SURESTE

Dejé Murcia. Al año he vuelto a cruzar esta querida y evocadora tierra del Sureste en un rápido viaje, unido a un grupo de catedráticos de Geografía y de Ciencias Naturales.

A mi paso tomé algunas notas y recordé algunas observaciones que ahora ofrezco, a través de las hospitalarias páginas de MONTEAGUDO, como sincero recuerdo de mis trece años murcianos.

POR LAS SIERRAS DE SEGURA Y ALCARAZ

BORDEANDO el Tranco pasamos junto al Yelmo, dejando el valle del Guadalquivir. En la cumbre, lejana, Segura de la Sierra, que perteneció al Adelantamiento y después al Reino de Murcia. Avanzada del Este frente a los nazaritas Su nombre evidencia su función militar y fronteriza, hecha fortaleza en el castillo de Santiago, de esa Orden.

En el valle, Oroera.

Sobre el triásico continúa el olivar, aunque más ralo que en las inmediaciones de Cazorra.

Seguimos ahora el valle del Guadalimar en donde se han hecho perforaciones en busca del ansiado petróleo. En el pueblo de La Puerta las viviendas toman el color rojizo de la arena del triás, con lo que se hace el mortero. El caserío, situado en una hondonada, baja a la carretera por sus estrechas callejas.

A la salida de La Puebla se despeja el horizonte, en los cerros masas de olivar, acentuándose la aridez, con matorral de retama. Afloran calizas secundarias y euarcitas paleozoicas.



Al fondo, la línea suave de la Sierra de Alcaraz.

Va decreciendo el cultivo del olivar, con aumento del área cerealista.

Sobre una mesa triásica, muy bien dibujada, el caserío de Villapalacios.

LA FUERTE VILLA DE ALCARAZ

Se levanta el caserío de Alcaraz, en el medievo de los arzobispos toledanos, en un cerro triásico, amesetado. El paisaje de los contornos es árido, con cerros testigos y suelo de intenso color vinoso, como las casas y los monumentos que parecen teñidos de rojo.

Se conserva parte de la muralla y unas ojivas muy espectaculares del antiguo, y ya deshecho, acueducto.

Sobre las portadas, en general renacentistas, campean historiados blasones. Como antes en Baeza, ahora aquí, en Alcaraz, se paró el tiempo en el siglo XVI, época de sus principales monumentos, tocados de cierto ruralismo. Como esas pesadas torres de San Sebastián y de la parroquia de la Trinidad, que se levanta en la plaza mayor, porticada, la Aduana con una torre trapezoidal, el Ayuntamiento instalado en un edificio plateresco, con las águilas del emperador encuadrando su escudo.

En un afloramiento jurásico, el castillo, que con las murallas y su posición sobre una estrecha cuchilla, dieron valor militar a esta población, por lo que el arzobispo Don Gome Manrique la permutó por la Tierra de Talavera, que le entregara Enrique II «el de las mercedes».

A su calle principal y casi única, se llega por unas empinadas callejuelas, en donde no faltan los cubiertos pasadizos.

Hoy es una villa en decadencia, que se despuebla y arruina lentamente, por la emigración.

POR LA MANCHA ALBACETEÑA

Caminamos ahora por una tierra despejada y llana, de cultivo cereal, con extensos rodales de matorral de chaparros.

País ganadero, de ricos pastizales, jalonado de grandes y blancas casas de labranza.

En una mota el pueblo de Balazote. Algunas parcelas de huerta, con frutales, rompen la monotonía. El suelo gana en serena horizontalidad y



en la lejanía, después de una larguísima recta, se divisa Albacete y a su derecha, más lejano, el cerro en donde se levanta el castillo y el caserío de Chinchilla de Monte-Aragón.

Las cercanías de Albacete se anuncian por el visible depósito elevador de agua, que dá una nota vertical en la infinita llanura.

NUDO DE COMUNICACIONES Y MERCADO

Llegamos temprano a Albacete y paseamos sus anchurosas calles, con casas de dos y una plantas. La ciudad gira en torno a la calle del Marqués de Molins y de su continuación llamada de Tesifonte Gallegos, a los extremos la Plaza, con dos edificios esenciales en la vida de la población, el Ayuntamiento y la Audiencia Territorial, y en el otro el parque. Es un pueblo manchego más, carente de monumentalidad.

Se resume en un nudo de comunicaciones en la llanura, que facilita el mercado agrícola y ganadero. Todavía la parte alta de muchas viviendas se suele dedicar a cámara o troje, en donde se guarda el grano.

Las viviendas, en buena parte, son de tapial, de línea sencilla, grandes ventanas, la segunda planta con el inevitable y prolífico balconaje.

ESPARTO, ARROZ Y AZUFRE

Dejando ahora a la izquierda el castillo de Chinchilla, constante vertical de este paisaje manchego, corremos por una tierra cereal, de marcada aridez, con abundante espartal crecido en la caliza, que se deshace en lentejones. La precipitación fluvial llega en esta zona trabajosamente a 250 mm. anuales. La aridez ambiente va siendo combatida por los frecuentes embalses fluviales.

Este es el famoso Campo Esparterío de cartagineses y romanos, que utilizaban la fibra de esparto para la cordelería, aplicada a las máquinas de guerra y a los navíos salidos de los astilleros de Cartago Nova.

Pozo Cañada, Tobarra, Hellín son verdaderos oasis con huerta y olivar, en donde no falta la palmera, que tiene aquí su límite más nórdico.

En Tobarra finaliza la Meseta Ibérica, y se inicia el escalón murciano.

Hellín se construye sobre calizas secundarias.

Cerca de la casa de La Retuerta, que tiene una pequeña historia, por haber servido de posada, en dos noches, a Isabel II, se dan las discordancias busdigalo-helvética.



La erosión pélica ha excavado en la caliza unas pronunciadas viseras, que utilizó como refugio el hombre primitivo. Uno de estos cantos de visera se localiza cerca de Minateda en donde, con la ayuda del paño mojado, logramos ver algunas muestras notables del arte rupestre. Se hace de todo punto necesario, si se quiere conservar estas reliquias, protegerlas, como en casos similares se ha hecho.

Cerca de Agramont, aprovechando el caudal del Mundo y la alta temperatura, se cultiva el arroz de calidad insuperable.

En un desolado paisaje de yesos, con esparto, se localiza un yacimiento de azufre, que ha dado base al minero pueblo de Las Minas, edificado con anarquía en diversos niveles, con azules fachadas. Tono empleado en esta zona de transición de la Meseta a Murcia.

Pese a los estornudos, toses y escozor de ojos y nariz, visitamos todas las dependencias, entre ellas el horno de sublimación. Las margas se quemán y el azufre se volatiliza y condensa en las paredes y techo del horno.

POR EL VALLE DEL SEGURA

La carretera desciende por el valle, cruzando la industriosa Cieza, con su castillo en un peñasco inaccesible, paisaje de nacimiento. La fecunda huerta jalona el pródigo río, que va dejando sus fertilizantes aguas aquí y allí para acabar exhausto en Guardamar.

Las sierras afiladas, de duros perfiles, pardas y raídas, como leprosas, accidentan caóticamente el horizonte azul. Sierras inhóspitas, sin agua ni vegetación.

Pinos y floridas adelfas rosas acompañan nuestro camino en medio del tremendo secadal, que bordea, como en desierto, estos suelos.

Pandas y secas ramblas, valles muertos, testimonian una hidrografía superada. En ellos algunos almendros.

Molina de Segura, la antigua Molina la Seca, otro oasis en este prolífico caminar del Segura, el más civilizado de los ríos españoles, con embalses y canales que hace el diario milagro de dar vida a una de las tierras más secas y por él más ricas y prósperas.

Sin apenas darnos cuenta entramos en una zona muy poblada, gigantescos plátanos de sombra bordean la dinámica carretera; camiones, motocicletas, toda clase de vehículos en fin, imponen cierta lentitud en



nuestra marcha. Este es por su topografía y reparto de la población el país ideal de las bicicletas, que todo lo invaden, buena prueba es esta carretera infestada de ellas y de ruidosas motocicletas.

Las chatas viviendas, por general de una planta, nos ocultan la afamada huerta murciana. Apenas dejan ver el intenso verdor de los naranjos y limoneros. Sobre ellas asoman su esbelta silueta la grácil palmera o el afilado perfil del obscuro y señorial ciprés.

Por el Barrio del Carmen entramos en la Ciudad y hacemos alto en la antigua plaza del Arenal, después de haber cruzado el Segura por el Puente Viejo protegido por la Virgen de los Peligros.

UNA CIUDAD EN LA HUERTA

A riesgo de caer en el tópico decimos que Murcia es un don del Segura, porque ninguna otra definición conviene y se ajusta más que esta a la realidad. A la vera del río se agrupa y cerca de él surgieron, en la época de su fundación, los alcázares islámicos. Ha crecido tomando feraces tahullas a la Huerta, que cede al impulso casi vegetal de la Ciudad, se extiende en busca de espacio, pero al mismo tiempo la cerca, influyéndola. El binomio geográfico *Ciudad-huerta* marca la natural interdependencia de ambos factores, es la característica del ser murciano.

La Huerta se mete en Murcia a lo largo de las acequias que discurren por debajo de sus calles, la Ciudad avanza a costa de aquella, siguiendo las carreteras, caminos y veredas, digitándose en un gigantesco abrazo de pulpo.

Todos los pueblos que habitan sus contornos edificaron sus caseríos en la zona media de los cerros circundantes, sólo los musulmanes organizaron la ciudad en la huerta, al pie del río, en donde había grupos de viviendas, en lo más bajo y peligroso de la feraz hoyo; con esto hicieron a Murcia participar en la historia, a veces violenta y trágica, del río, imponiéndola el natural influjo del medio. El pasado de la Ciudad ha sido el de su río y el de su Huerta.

Ahora basa su economía no sólo en la explotación del suelo fecundo, se registra un creciente movimiento industrial que de cuajar plenamente dará a la Ciudad una nueva dimensión y diferente perfil.

Por otra parte Murcia rompe con su pasado urbano, de clara influencia morisco-medieval, y arrancado de su gloriosa tradición dieciochesca,



traza las nuevas grandes vías, que pueden ser discutidas, los argumentos abundan de uno y otro lado, pero al fin suponen un rumbo nuevo en la sistemática urbana.

El problema y el peligro para la Huerta se marca en la densa población que extiende sin cesar sus viviendas. Hay sin duda una acción remontante, digna de estímulo, que busca en los escarpes dominantes de la hoya una temperatura más fresca y saludable. Aquí, con rápidos, cómodos y económicos transportes, pudiera estar la solución del problema de la expansión y salubridad murciana.

DESDE LA FUENSANTA

Nada mejor para ver la huerta de Murcia, con todo el complejo de su población densa, que marchar por el umbroso y grato Valle al Santuario de Nuestra Señora la Virgen de la Fuensanta, «Reina de la Vega», como dice justamente su himno.

Desde este espléndido mirador, a nuestra espalda el bello perfil barroco del restaurado santuario flaqueado por dos torres, se extiende el inmenso mar de verdura de la ubérrima huerta, salpicada por los tonos pardos de los numerosos caseríos, destacando sobre todos el de la Ciudad de Murcia, del que se alza señera la monumental torre de la Catedral, la más alta de las torres de campanas de España.

Pocos paisajes más gratos, aleccionadores y bellos nos será dado observar en nuestra Patria. Es como una canción de alabanza al tenaz esfuerzo del hombre.

La hoya de Murcia, rellena de potente capa de tarquín, es un jardín que la rodea. La neblina da lejanía y borra los contornos, envolviéndola en un suave tono opalino que da carácter al impar conjunto. A lo lejos, el ingente pilar calizo de Monteagudo, con su cimero Castillo y, campeando en él, los brazos abiertos de la imagen del Corazón de Jesús.

EL MIRADOR DE ORIHUELA

La huerta se enrarece dando paso a los *rincones* en donde se cobija el último verdor. En sus bordes las pitas, con los pitacos o alravaras, gráciles y ahora floridas, las chumberas de poderosos y reseco troncos. También se enrarece la vivienda, de planos y grises terrados, de una sola planta.



Salimos de la hoya murciana por la abertura que aprovecha el río. Al pasar un pequeño túnel se extiende a nuestra admiración la episcopal ciudad de Orihuela, hermana de Murcia, con vegetación lujuriente y bosquecillos de palmeras que dan verticalidad a la huerta.

EL PALMERAL DE ELCHE

De nuevo la aridez en torno. Almendros, pitas y chumberas nos acompañan. Sólo el amarillo caserío de los pueblos, culminados por las torres gemelas y las cúpulas de las iglesias, cubiertas de policromos azulejos, humanizan este paisaje.

Por un alto puente cruzado el cauce seco del Vinalopó, el río de Elche. Por sus calles buscamos el acceso al famoso palmeral, el más denso y cuidado de España.

En el Huerto del Cura se puede admirar el *candelabro*, palmera de varios troncos, aparatosamente apoyados en cinchos de hierro. Es una raza en su género.

El sol cae sobre nuestros fatigados cuerpos que buscan, en la breve sombra de la plaza, una brizna de frescor. En la torre del reloj un carabineró con sable y todo, en uniforme de la época de su fundador el rey Carlos, golpea con tesón hasta doce veces la campana.

LAS TORRES Y LAS SALINAS

Desde Elche, bordeando el Mediterráneo unas veces, otras tierra adentro, por un país árido, amarillo, con dunas fijadas, vivas otras en evolución.

Así llegamos cerca de Santa Pola de Levante, con su cuadrada fortaleza en la plaza, con poderosos y bellos garitones en sus esquinzos. Fue mandado construir por Calos III. Su evocador patio de armas es hoy prosaico patio de vecindad.

Torre vieja con sus niveos cerros de sal y las cuadrículas de las eras, en donde se cuaja al ardiente sol Mediterráneo. Las explotaron ya los púnicos y continúan siendo las más importantes de nuestro país y de las más famosas de aquel mar.

Cargados los barcos salineros con gabarras, la construcción del puerto hará este trabajo más cómodo y eficaz.



Desde la altura del caserío de Guardamar se advierte el suelo cubierto de dunas, originadas por el río Segura, que apenas llega con mínimo caudal al mar, después de fecundar generosamente las abundosas huertas de sus riberas.

En la costa las circulares torres vigías, ya ruinosas, van jalónando de estáticas defensas este litoral, un día amenazado por la piratería berberisca.

En el límite provincial de Alicante con Murcia la Torre de la Horadada, con acierto reconstruida, es un grato motivo del paisaje marítimo que ahora cruzamos.

LA ALBUFERA DEL MAR MENOR

Este litoral donde el mar se entrelaza y confunde con la tierra, dando origen a frecuentes albuferas, las de Alicante, Elche y sobre todo ésta que ahora bordeamos a prisa del Mar Menor. Las oscuras islas de volcánicos pitones, parecen aprisionadas en el denso azul de este aprendiz de Mar, en donde se dá el sabroso mujol, pescado en los ingenios de las encañizadas.

La cinta de la barra separa este Menor del Mayor, nombre con el que se conoce aquí al Mediterráneo.

Los bordes interiores del primero se van poblando de caseríos de pescadores y de residencias de veraneantes. San Pedro del Pinatar, cuyo «buen monte de puercos» era ya celebrado por Alfonso XI, hábil e incansable cazador de mayor. Santiago de la Ribera, anejo del municipio de San Javier, acrecido por la flamante y vistosa construcción de la Academia General del Aire. Los Alcázares antigua residencia de los reyezuelos murcianos y puerto triguero de su capital en el medievo.

Molinos de grandes velas dan a este Campo de Murcia y Cartagena su peculiar fisonomía. Algunos mueven sus aspas dirigidas por hábil timonel, que hace girar su capucha. A su lado las balsas para el riego, rodeado todo por las manchas verdes de la huerta, con palmeras.

ESCOMBRERAS

Caminamos por un país desolado, triste, las ramblas, que le disecaron, corren por un suelo rojizo y seco. Sus aguas teñidas, sucias, aumentan esa impresión ingrata.



El poblado de La Unión, nacido por el beneficio del plomo y del hierro de sierra Almagrera.

Escobrerías, topónimo derivado posiblemente del *escobro*, uno de los pescados del que se obtenía el preciado y reconstituyente *gáron* de los romanos, se anuncia por una alta chimenea de hierro, en donde sin cesar, día y noche, arde el gas metano, en la actualidad sin otro provecho.

Grandes depósitos circulares de aluminio, torres de destilación que convierten el petróleo bruto en gasolina y derivados.

El petróleo se carga en su mayor parte en el puerto libanés de Sidón, la antiquísima y próspera ciudad fenicia, y procede de los yacimientos arábigos.

La refinería que visitamos produce ochenta mil barriles diarios, con capacidad cada uno de ciento sesenta litros. Al año unos cuatro millones de toneladas. Se trata de ampliar las posibilidades de la planta, para conseguir cinco millones.

La central térmica, que facilita energía eléctrica a la refinería, quema fuel-oil; cuando funcionen todas sus turbinas producirá seis millones de Kw. día.

De las grandes centrales térmicas de España: Escatrón, Ponferrada, es esta de Escobrerías la mayor. Es una construcción grandiosa, pulcra, con chimeneas de sesenta y un metros de altura. Desde una de sus elevadas plataformas se divisa, en panorámica, el Puerto de Escobrerías, a la salida de la bahía de Cartagena, de cuyas defensas distinguimos el fuerte de San Felipe.

En la tersa superficie de las aguas, barcos anclados.

A MURCIA POR EL PUERTO DE LA CADENA

Anochece cuando dejamos la factoría de Escobrerías, con su espectacular y gigantesca antorcha, ardiendo ahora en lo alto del oscuro cielo.

Aprisa cruzamos Cartagena, pasando por la fuente monumental que recuerda la llegada de las aguas del río Taibilla a esta ciudad, resolviendo un problema multiseccular.

Entramos en el campo de Murcia-Cartagena, que recorreremos, ya sin luz, de sur a norte. La noche impide ver las características de esta gran llanura litoral, clásica entre las mediterráneas. Con almendros y álgarro-



bos. Su antigua y hoy muerta red fluvial, se vislumbra en los anchurosos y colmatados valles.

Subimos por el Puerto de la Cadena, flanqueado por arruinados castillos, que vigilaban antaño este paso importante, que se abre en la sierra de Carrascoy cerrando, por el sureste, la hoya murciana, aislándola del benéfico influjo del mar, convirtiéndola en un país típicamente continental.

A LORCA POR EL CORREDOR MURCIANO

Salimos de Murcia, dejando la sierra de Carrascoy a nuestra izquierda, con sus fenómenos de erosión torrencial. Utilizamos la carretera que se abre paso en el triásico, por el llamado corredor murciano o surco intrabético, siempre entre dos líneas montañosas paralelas.

Atrás van quedando Alcantarilla, con su campo de aterrizaje para instrucción de los paracaidistas, Librilla al borde de la extensa rambla y cultivo de parrales, Alhama coronado por el castillo.

A la derecha la masa forestal de Sierra Espuña, comenzada a repoblar de pinos en el siglo XVIII, a la izquierda las peladas cumbres de la Sierra de Almenara.

La villa de Totana, con su fuente famosa de finas aguas, y en lontananza, por un momento, vemos la silueta bravía del castillo de Aledo; viene a nuestra memoria su tenaz defensa por los castellanos.

La aridez es la nota peculiar de este recorrido, en donde se mantienen bosquesillos de raquílicas palmeras, el verde alegre y suave de los emparrados y por fin los almendros lacios.

LA CIUDAD DEL SOL

Esto parece significar Lorca, la antigua Heliorca, dominada por el castillo poderoso. Seca, con el olor característico de la ciudad sin agua. El polvo cubre las nobles fachadas de sus hermosos palacios barrocos o neoclásicos, las fachadas de sus iglesias, como esa rojiza de la Colegiata de San Patricio, cerca de la cual se conserva el Ayuntamiento, edificado en tiempos de Felipe V.

Lorca da la impresión de una ciudad que decae, por la carencia de agua que vivifique sus fértiles huertas o porque la que existe saliniza las tierras. Aquí se hicieron en la progresiva décimo octava centuria obras de embalse de importancia, pasando entonces por su gran momento.



DE PUERTO LUMBRERAS A LA DEPRESION DE VELEZ RUBIO

Seguimos en el mismo ambiente de aridez, con higueras y almendros. En Puerto Lumbreras casos de trogloditismo. La carretera, pasado el puerto, bordea una extensa rambla, ya en la provincia de Almería, con lecho de pizarras paleozoicas, trituradas, de tono ceniciento, que da la sensación de movernos en un suelo calcinado, donde sólo quedarán deleznales cenizas, aumentando ese aspecto desolado que va adquiriendo por momentos nuestra ruta.

Ante el país que tenemos delante se explica, al menos por este lado, el aislamiento de Almería, separada de Murcia por un verdadero desierto.

En la depresión de Vélez Rubio comienza a humanizarse el paisaje, con cultivos cerealistas, chumberas y frutales, entre ellos se destaca la roja flor de los granados.

La morfología se hace más suave.

Encinas y rebaños de ovejas, con el chozo cónico de los pastores. Caseríos labranceros enjalbegados, chatos y humildes.

Rápidamente descendemos a la hoya, auténtico oasis con olivos, vi- des, frondosas higueras y almendros en los huertos. El caserío, con algunas pinceladas rojas, contrasta con la general blancura, cabalga sobre un cerro triásico, de aquí su nombre.

VELEZ RUBIO

Es un pueblecito blanco, con viviendas generalmente de tres plantas, pulcro, con calles estrechas y terrazas, con lajas de caliza en las aceras, a veces también enaladas y abundante balconaje. Los desniveles se salvan con pinas graderías, que reptan por los callejones.

Cuando le recorremos, a las tres de la tarde, reverbera el sol en la cal, está como muerto, es la hora de la siesta, esa noche con sol que tiene la España del Sur. Nuestras palabras rompen el silencio que envuelve, en dulce sopor, el caserío.

Labrado balconaje, de generosas dimensiones, las ventanas a ras del suelo muchas de ellas, sótanos al nivel de la calle, a donde se asoman sus pequeñas claraboyas enrejadas.



En la plaza, con el Ayuntamiento construido en el 1732, queda la iglesia de la Encarnación, de monumental portada barroca, hecha en caliza, adornada con escudo central y medallón, que recuerda los templos murcianos. El interior es espléndido, de tipo jesuítico, muy abarrocado. El retablo, también barroco, de madera sin estofar ni pintar, de gran dignidad.

Vélez Rubio fué un pueblo fronterizo, avanzada por el este del adelantamiento murciano. Reconquistado el reino de Granada, por su posición en el surco intrabético, sigue teniendo importancia, aumentada ahora al ser etapa en el camino de Murcia a Granada.

Vélez Blanco, sobre un pico señero, se dibuja como enorme copo de nieve en el estallante azul.

